

misión. Tratábase de constituir un gabinete que no hiciera caso de la negativa de la Cámara á votar los presupuestos y gobernase ilegalmente, sin tener en cuenta el poder público emanado del sufragio universal, que era, de los tres poderes, el único al que la Constitución aseguraba la iniciativa de los presupuestos. No todos los hombres del partido á que pertenecía Batbie creían en la posibilidad de aquella política temeraria. Buffet y el duque de Broglie la aconsejaban; Bocher y Lambert-Sainte-Croix la reprobaban enérgicamente.

Durante este último período de la crisis, los rumores de golpe de Estado tomaron nueva consistencia; pero el público no tuvo hasta más tarde conocimiento de los despachos cambiados entre el ministro de la Guerra y el general Ducrot, comandante del 8.º cuerpo de ejército, y del incidente del mayor Labordere, que Brissón, en su dictamen sobre la información parlamentaria, hace pasar en 13 de diciembre. El mayor Labordere pertenecía al 14.º regimiento de infantería, de guarnición en Limoges, al mando del coronel Billot. Una noche oficiales y soldados, en traje de campaña, estaban dispuestos á marchar. «Mi coronel, dijo Labordere, un golpe de Estado es un crimen, yo no me haré cómplice de él.—No tenéis que discutir, contestó el coronel, vuestro deber está en obedecer á pesar de todo.» En el momento en que ocurría esta escena, en un cuartel de Limoges, todo había concluido en París. Batbie había encontrado colaboradores para todas las carteras, exceptuando las de Hacienda. Pouyer-Quertier, á quien se ofreció esta cartera, negóse enérgicamente á presidir á una recaudación ilegal de las contribuciones y aconsejó que se reanudasen las negociaciones con Dufaure. Puesto al corriente del fracaso de Batbie, el mariscal quiso presentar su dimisión. Sus incorregibles consejeros secretos lograron, á fuerza de súplicas, que permaneciese en su puesto. El mariscal cometió la falta de creerlos una vez más. Persuadido de que su abdicación pondría á Francia en el mayor de todos los peligros, capituló: autorizados por él, el presidente del Senado y el prefecto del Sena, Fernando Duval, se avisaron con Dufaure. El vencedor se mostró clemente y consintió en reanudar las negociaciones.

Así terminó aquella larga crisis, que trastornó profundamente á toda Francia y estuvo á punto de echar por tierra la Constitución de 1875. La institución de la Presidencia y la del Senado salieron de allí algo quebrantadas y muchas dificultades ulteriores tuvieron por causas el uso hecho por Mac-Mahón de un derecho constitucional y la aprobación del Senado de 1877. El derecho mismo de disolución, derecho democrático por excelencia, pues, al fin y al cabo, no es más que una apelación al pueblo soberano, resultó impopular y hubo presidente de la República que prefirió dimitir á hacer uso de ella.

### VIII

El gabinete del 13 de diciembre de 1877 comprendía, además de Dufaure en la presidencia del Consejo y en el ministerio de Gracia y Justicia, los Sres. Waddington en Negocios extranjeros, Marcere en el Interior, León Say en Hacienda, el general Borel en Guerra, el vicealmirante Pothuau en Marina y Colonias,

Bardoux en Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes, Freycinet en Obras públicas y Teisserenc de Bort en Agricultura y Comercio. Lo que caracterizaba el nuevo ministerio era más bien la ausencia de los tres ministros especiales (los de Guerra, Marina y Negocios extranjeros) cuyo nombramiento se había reservado hasta entonces el mariscal, que la presencia de diputados y senadores del centro izquierdo y de la izquierda en el gabinete. La salida del general Berthaut, con quien la izquierda no se había mostrado hostil, era particularmente significativa, y no lo era menos el nombramiento del general Borel. De los generales llamados á declarar ante la comisión informadora, el general Borel, ex jefe de Estado mayor de Aurelle y de Bourbaki, fué casi el único que hizo una declaración imparcial. El nombramiento de Freycinet para Obras públicas era otro homenaje rendido á la Defensa nacional. Waddington, el nuevo ministro de Negocios extranjeros, no era de la carrera diplomática; pero era hombre recto, erudito y liberal, tan firme como moderado. Bardoux no aportaba tampoco una competencia especial á la Instrucción pública y Bellas Artes, pero sí las luces de una inteligencia muy cultivada, un gusto literario y artístico muy depurado y un don de gentes que había de facilitar singularmente su empresa en la dirección de Cultos. Los demás ministros habían desempeñado sus funciones en los dos gabinetes anteriores al del 16 de mayo, durante la presidencia del mariscal, ó en el primer ministerio Dufaure, durante la presidencia de Thiers.

El tercer ministerio Dufaure, primero y único gabinete verdaderamente parlamentario que tuvo Mac-Mahón, contaba, pues, entre sus miembros, especialistas eminentes en su ramo, celebridades de la tribuna, hombres de buen temple, formados en las luchas de los últimos siete años y republicanos sinceros. El único ministro que no pertenecía á la izquierda del Senado ó de la Cámara era de una lealtad que nadie podía poner en duda. El general Borel sentía gran respeto por la Constitución republicana.

¿Cómo se explica que este ministerio, tan bien dirigido, compuesto de hombres tan nobles y que duró cerca de catorce meses, llevase una existencia un poco lánguida? Porque el tiempo de las grandes luchas había pasado. Conquistadas las posiciones, pudieron conservarse sin los grandes torneos oratorios de la época anterior. Por otra parte, en el gabinete Dufaure, sostenido lealmente por la izquierda republicana y por la izquierda llamada radical, aunque su programa era absolutamente el mismo de la izquierda republicana, no figuraban los jefes, ni los grandes oradores de estos grupos. Los que habían conducido la democracia á la victoria se habían eclipsado con tanta modestia como buen sentido político, ante los miembros del centro izquierdo. De aquí cierta reserva en las relaciones de la mayoría con el gabinete, y cierta sorpresa en el público.

El mensaje presidencial, leído en la Cámara por el Sr. de Marcere y en el Senado por Dufaure, el 14 de diciembre, estaba concebido en estos términos:

«Las elecciones del 14 de octubre afirmaron una vez más la confianza del país en las instituciones republicanas. Para obedecer á las reglas parlamentarias, formé un gabinete con elementos de ambas Cámaras, com-

puesto de hombres resueltos á defender y mantener estas instituciones practicando sinceramente las leyes constitucionales.

»El interés del país exige que la crisis que atravesamos termine, y exige, con no menos fuerza, que no se renueve.

»El ejercicio del derecho de disolución es á modo de una consulta suprema, cerca de un juez sin apelación, y no puede erigirse en sistema de gobierno. Crefi deber usar de este derecho, me conformo con la contestación del país.

»La Constitución de 1875 fundó una República parlamentaria, estableciendo su irresponsabilidad, mientras que instituyó la responsabilidad solidaria é individual de los ministros. Así se hallan determinados nuestros derechos respectivos; la independencia de los ministros es la condición de su responsabilidad.

»Estos principios, que emanan de la Constitución, son los de mi gobierno. La terminación de esta crisis será el punto de partida de una nueva era de prosperidad. Todos los poderes públicos concurrirán á favorecer su desarrollo. El acuerdo establecido entre el Senado y la Cámara de diputados, ya segura de llegar con regularidad al término de su mandato, permitirá terminar los grandes trabajos legislativos que el interés público reclama.

»La Exposición Universal va á abrirse; el comercio y la industria van á adquirir nuevo impulso, y ofrecemos al mundo una prueba de la vitalidad de nuestro país, que siempre se regeneró por el trabajo, por el ahorro y por su profundo apego á las ideas de conservación, de orden y de libertad.»

Inútil es decir que las izquierdas recibieron con aclamaciones este mensaje que afirmaba su victoria, pero que la afirmaba con decoro y dignidad.

Los bonapartistas, que querían poner fin á la crisis «con una escuadra de cazadores,» acusaron al mariscal de haberlos abandonado y se valieron de la ocasión para prodigarle toda clase de insultos. Pero esto se comprende, dado el modo de ser y la situación especial del partido imperialista; lo que no se comprende es que los periódicos del centro derecho hablasen de «la escena de humillación más grande que habían visto.» No había humillación en inclinarse ante «el fallo del juez sin apelación.» Fuera del golpe de Estado, que dichos periódicos no querían, no había más solución que un ministerio de la izquierda, y hubieran debido reconocer que Dufaure había hecho hablar al mariscal, sin menoscabo de su dignidad ni de su honor, un lenguaje sinceramente constitucional.

La Cámara, que no había querido votar los presupuestos mientras no se hallase en presencia de un gabinete parlamentario, concedió inmediatamente al ministerio Dufaure 529,500,000 francos, que representaban dos dozavos provisionales, cuyo reparto debía hacerse por decretos entre los diferentes ministerios. Por su parte, el gabinete presentó un proyecto de amnistía por todos los crímenes, delitos y contravenciones políticos cometidos desde el 16 de mayo hasta el 14 de diciembre de 1877. El proyecto de amnistía no pasó al Senado hasta más tarde. El crédito de 529 millones y medio fué concedido sin dificultad por la alta asamblea, y las dos Cámaras suspendieron sus sesiones hasta el 8

de enero de 1878, después de aquella corta y dramática legislatura.

Para afirmar bien el carácter de su política reparadora, el ministro de Gracia y Justicia hizo suspender todas las causas incoadas contra la prensa antes del 14 de diciembre y la ejecución de todas las penas, y condonar todas las multas; el ministro de Instrucción pública repuso á todos los maestros que Brunet había destituido por motivos electorales, y el ministro del Interior dejó reaparecer en la vía pública todos los periódicos que de ella habían sido excluidos. El personal administrativo fué rápidamente renovado. A excepción de cuatro prefectos constitucionales que fueron mantenidos en sus puestos, todos los funcionarios que habían prestado su concurso al gobierno del 16 de mayo fueron reemplazados. Otros nombramientos en diferentes ramos dieron una satisfacción legítima á los vencedores del 4 de octubre y á la Constitución. El señor Cochery, subsecretario de Hacienda, fué puesto al frente del doble servicio de Correos y Telégrafos; Alberto Gigot reemplazó á Félix Voisin en la prefectura de policía, y Saint-Vallier fué enviado á substituir á Gontaut-Birón en la embajada de Berlín.

Para cubrir la vacante de diputado producida por Grevy al optar por la representación del Jura, el 16 de diciembre, la inmensa mayoría del cuerpo electoral del IX.º distrito de París dió sus votos á Emilio de Girardin, que había contribuido, casi tanto como el mismo Gambetta, con su brillante campaña en el *Petit Journal* y en *La France*, á la derrota de la coalición monárquica. En provincias, el corto período de sesiones de los Consejos generales, abierto el 21 de diciembre y destinado al reparto de las contribuciones directas, dió lugar á un nuevo triunfo para la República constitucional: la elección de presidentes recayó en 50 republicanos de este matiz contra 40 monárquicos.

Aquel año tan agitado acabó, pues, del modo más feliz. Francia, tranquila respecto á sus instituciones, iba á prepararse para la gran manifestación industrial y pacífica de 1878. Durante el año siguiente, en que los países orientales se reponían difícilmente de los trastornos y de la guerra de 1877; en que el Occidente veía desaparecer, uno tras otro, los grandes actores de los últimos acontecimientos, Víctor Manuel y Pio IX en Italia, y lord John Russell en Inglaterra; en que la sociedad, los soberanos y los hombres de Estado se veían amenazados por criminales atentados en Rusia, Alemania, España é Italia, Francia, apenas curada de sus profundas heridas de 1870 y 1871, iba á invitar al universo, en medio de una calma política absoluta, al espectáculo de su renaciente vitalidad.

La Cámara examinó actas graves durante las tres legislaturas de 1878, pronunciando 80 invalidaciones, y después de las elecciones parciales á que las invalidaciones dieron lugar, la mayoría republicana contó exactamente los 400 miembros predichos por Gambetta. Las invalidaciones más sonadas fueron las de Fourtoul, Reille, Cassagnac, Baragnón, Mun y Decazes.

Mientras tanto el Senado, como para contrabalancear la influencia de los republicanos que las elecciones municipales ó políticas les presagiaban para 1879, reforzaba á cada escrutinio su mayoría de la derecha. La alianza subsistía para la elección por turno, como in-

amovibles, de un bonapartista, un legitimista y un orleanista; sólo amenazaba romperse cuando el centro derecho designaba á los sufragios de los coaligados un candidato sospechoso de tendencias liberales. En el escrutinio celebrado el 23 de enero, para reemplazar al general Aurelle, fallecido, los orleanistas, á quienes tocaba el turno, propusieron la candidatura del duque Decazes. El exministro de Negocios extranjeros, republicano en el barrio de los Campos Elíseos y orleanista en el barrio del Luxemburgo, no era persona grata ni para los legitimistas ni para los bonapartistas: su candidatura no pudo reunir mayoría, como no pudo reunirla la de Víctor Lefranc, candidato de los republicanos. Repitióse la elección el 24 de enero con el mismo resultado y se aplazó la tercera prueba para el 7 de febrero: legitimistas y bonapartistas se mostraron irreductibles y el duque Decazes tuvo que retirar su candidatura. Los legitimistas sacaron provecho de aquella falta de disciplina: uno de ellos, Carayón-Latour, fué elegido en la quinta votación. Al día siguiente, 5 de marzo, el *Soleil* anunció la ruptura del centro derecho liberal y de los constitucionales con la derecha. Quizá hubo ruptura en el terreno político y Dufaure debió á aquella disidencia el éxito de algunos de los proyectos que había sometido á la Cámara; pero los 22 constitucionales que se habían retirado á sus tiendas, después de la derrota del duque Decazes, salieron de ella para impedir que entraran en el Senado los tres revolucionarios que se llamaban Montalivet, Alfredo André y el general Gresley. El acuerdo se restableció en el terreno de la resistencia, de la lucha contra la Constitución y contra la mayoría de la Cámara, cuando se trató de dar sucesores á tres nuevos inamovibles fallecidos: en la legislatura de otoño, el Senado se aprovechó por última vez de su mayoría, que iba á desaparecer, para reforzarse con la elección de los Sres. Oscar de Vallée, Baragnón y Haussonville. Fué el canto del cisne de la coalición reaccionaria.

Las discusiones parlamentarias y las medidas gubernamentales tuvieron por principal, si no por único objeto, en 1878, corregir los errores que los hombres del 16 de mayo habían cometido y reparar los males que habían causado. La ley de amnistía por los delitos de imprenta; la ley sobre la venta de impresos en la vía pública que sólo obligaba á los vendedores á una simple declaración; la ley sobre el estado de sitio que obligaba al presidente á convocar las Cámaras dentro de cuarenta y ocho horas, si en su ausencia tomaban la grave determinación de decretar el estado de sitio; la ley que hacía extensiva al caso de suspensión de sesiones de las Cámaras las reglas de apertura de créditos extraordinarios, todo esto eran precauciones contra una nueva ofensiva del poder ejecutivo y garantías para el régimen parlamentario. También fueron votadas sin dificultad por el Senado, que se limitó á ampliar desde el 14 de diciembre de 1877 hasta el 1.º de enero de 1878 el período al cual se aplicaba la amnistía.

El gobierno hizo marchar de frente la obra de reparación ejecutiva con la obra de reparación legislativa. «Vuestra obra, decía el ministro del Interior, Sr. de Marcere, en una circular á los prefectos; vuestra obra no es una obra de combate, sino una obra de reparación. Debéis presentaros, en vuestros departamen-

tos respectivos, como los defensores de la justicia.»

No satisfecho con haber completado el movimiento prefectoral y suscitado en todas partes las iniciativas individuales para llevar la legalidad y la libertad hasta los últimos límites, el ministro del Interior repuso, antes de las elecciones municipales, á todos los alcaldes y tenientes de alcalde destituidos por sus antecesores; y después de las elecciones, escogió para alcaldes y tenientes, en todas las poblaciones donde el nombramiento pertenecía al gobierno, á los mismos que los consejos municipales habían designado. El respeto á las leyes fué impuesto á los jefes de los municipios más avanzados. En el Norte como en el Mediodía, en Anzin como en Marsella, una huelga de tres semanas fué apaciguada por la influencia de los agentes del gobierno que aconsejaron á la Compañía que aboliese el paro del lunes, y el oportuno envío de tropas sobre el terreno aseguró la libertad del trabajo.

Cuando con motivo de la Exposición los socialistas franceses proyectaron la reunión de un Congreso internacional en París, el ministro del Interior la prohibió y, después de haberse celebrado semiclandestinemente, encausó á los adherentes por violación de la ley de 14 de marzo de 1872. 32 de ellos fueron condenados á penas que variaban de 6 meses de prisión á 15 francos de multa. Esta condena fué una de las raras aplicaciones de la ley Dufaure. La ley de 1875 sobre la prensa, de que tanto había abusado el gabinete Broglie-Fourtou, tuvo también raras aplicaciones durante el ministerio Dufaure-Marcere. El ministro de Gracia y Justicia y el ministro del Interior estuvieron de acuerdo con sus colegas y con la opinión para hacer procesar á los periódicos que, después de haber excitado al mariscal á un crimen contra la Constitución, le excitaban á una dimisión en los términos más injuriosos.

Esta política eminentemente liberal, verdadera política de apaciguamiento, igualmente apartada de las complacencias culpables con los republicanos intransigentes ó violentos y de las persecuciones contra los adversarios políticos, no tardó en dar sus frutos. El comité de los Diez y ocho se había disuelto espontáneamente al principio del año; aquella organización de combate no podía sobrevivir á la cesación de la lucha. En la misma época Gambetta, en un discurso pronunciado en Marsella, recomendó á su partido «que hiciese una parada,» que se fortaleciese antes de ir más adelante. La izquierda, incluso el elemento llamado radical, iba perdiendo sus hábitos de oposición sistemática.

Depurándose con la eliminación de algunos miembros de conciencia poco escrupulosa ó de alma servil, la izquierda favorecía la adhesión de prestigiosas personalidades á la República. J. J. Weiss marcó su conversión con un artículo magistral sobre las *Ilusiones monárquicas*, y jamás habían sido señaladas con tanta perspicacia las faltas de táctica cometidas por los adversarios de la Constitución, ni se había puesto en lenguaje más fuerte y sabroso al servicio de las ideas liberales. Más inesperada y no menos importante fué la adhesión de Saul Duval, que fué el primero de los llamados *ralliés* (adheridos) y que había de ser arrebatado por la muerte en el momento en que su incontestable talento, su actividad, sus dotes oratorias y la sinceridad de su conversión le designaban para marchar al

frente de los que con tanto ardor había combatido largos años.

Consideróse también como un triunfo de la República moderada, personificada por el gabinete Dufaure, el ingreso de Renán y de Enrique Martin en la Academia Francesa.

Una de las victorias más serias del gabinete fué la victoria de la persuasión y del derecho, sobre las prevenciones de Mac-Mahón. Héctor Pessard refirió, en sus curiosas memorias tituladas *Mes petits papiers*, cómo sus funciones de director de la prensa le pusieron en presencia del mariscal, á quien pudo hacer ver claro sobre el papel de su «viejo camarada,» el general Ducrot, durante el período más crítico del gobierno de 16 de mayo. El general Borel obtuvo que á Ducrot se le quitase el mando del 8.º cuerpo de ejército. El general Brossolles, que no había querido entender la naturaleza de las instrucciones que recibió durante aquel mismo período, fué declarado de cuartel, é igual castigo se impuso al mayor Labordere. Tres meses después, el general Geslin, comandante de la plaza de París, fué relevado de sus funciones por haber hecho irónicamente de la palabra «elector» como un sinónimo de perturbador, en una orden del día á sus tropas, con motivo de una riña ocurrida en un baile público.

El gabinete Dufaure y el general Borel prestaban el mejor servicio al ejército apartándolo de la política, y Mac-Mahón les secundaba en tan patriótica empresa. La corrección del mariscal como presidente de la República no se desmintió ya ni un momento, á pesar de las insinuaciones y pronósticos de periódicos como *La Défense*, que aseguraban que «se iba á jugar una gran partida.» Sólo una vez acertó en sus profecías *La Défense*: el mariscal no deseaba más que representar dignamente á Francia, á los ojos de los nacionales y de los extranjeros que la Exposición atraía á París, y lo consiguió plenamente.

En las magníficas fiestas que dió en el Eliseo y en las cuales gastó parte de su patrimonio, la severidad un poco fría de su trato, atenuada por la expresión de una mirada llena de dulzura, el brillo de su casa militar y el lujo y buen gusto de su casa civil produjeron grande impresión en los privilegiados admitidos en la Presidencia. Los monárquicos vieron con placer un retorno al ceremonial de antaño, los republicanos se sintieron halagados en su vanidad y el pueblo agradeció al mariscal que diese como una consagración á la República, presidiendo dignamente la apertura de la Exposición, que se verificó en 1.º de mayo. Nada estaba aún terminado para la inauguración, pero las colgaduras y banderas con que se engalanaron las fachadas de los edificios y el paro del trabajo en talleres y tiendas dieron al día un aire de fiesta nacional. A últimos de junio, cuando todo estuvo listo, la hermosura de un tiempo primaveral contribuyó al brillo de las pompas oficiales y al entusiasmo popular.

Entre ambas fiestas, hubo dos manifestaciones debidas al espíritu de partido. Unos cuantos literatos y cierto número de republicanos habían concebido el proyecto de celebrar el centenario de Voltaire, que había muerto el 30 de mayo de 1778. Unos querían rendir homenaje á un gran escritor, á un partidario de la tolerancia religiosa, mientras que los otros querían responder á la

recrudescencia del clericalismo, evocando el recuerdo del publicista anticristiano, haciendo una edición especial de todos los pasajes de sus obras en que había «aplastado al infame.» Esta manifestación no apasionaba más que á los militantes de ambos campos opuestos. La gran masa católica permanecía ajena á aquella agitación.

El 21 de mayo, monseñor Dupanloup interpelló en el Senado al ministro de Gracia y Justicia sobre la manifestación proyectada. El obispo de Orleans quería saber si los Tribunales tenían la intención de encausar al editor del volumen del centenario. La contestación del ministro de Gracia y Justicia al prelado es un modelo de justa apreciación y de buen sentido gubernamental. «... Imaginaos, señores..., procesar hoy á Voltaire. No es un adorador de Voltaire el que os habla, lejos de esto. La sociedad en medio de la cual pasó su vida fué, bajo muchos conceptos, cómplice de todo lo que se puede encontrar de acusable en sus obras. Ejerció sobre ella, por su incontestable genio, una influencia que fué pernicioso y ella ejerció sobre él una influencia que le dominó á menudo y contribuyó á sus extravíos. Este es mi modo de pensar acerca de él. Pero, al mismo tiempo, digo que si encontramos en nuestras costumbres, en nuestras relaciones sociales, una dulcificación notable, si se han difundido ideas y hábitos de tolerancia entre nosotros, seguramente más fuertes de lo que eran en su tiempo, si nuestras leyes criminales se han suavizado, si nos hallamos menos expuestos á grandes inquietudes judiciales, creo firmemente que sus escritos han contribuido á ello... Hay en su vida grandes cosas y lados destestables; la posteridad se encarga de dividirlos; ya lo ha hecho y habría gran peligro en llamar ahora la atención del público.»

El centenario se celebró á puerta cerrada y el editor de Voltaire no fué molestado. El partido católico, á guisa de protesta, había preparado una manifestación al pie de la estatua de Juana de Arco, que fué prohibida como la manifestación al pie de la estatua del autor de *La Pucelle*.

Mientras tanto, la separación de las Cámaras había tenido efecto el 11 de junio. De común acuerdo entre el presidente del consejo y los presidentes de ambas asambleas, la legislatura ordinaria de 1878 no se había cerrado por decreto; sino que se habían suspendido simplemente las sesiones hasta el 28 de octubre. Dijo-se que ello era un modo indirecto de establecer la permanencia de las asambleas, contraria á la Constitución, puesto que durante la suspensión de sesiones los presidentes del Senado y de la Cámara tenían la libertad de convocar á sus colegas.

Hemos de retroceder un poco para explicar que la discusión de los presupuestos de 1878 duró en la Cámara desde el 28 de enero hasta el 29 de marzo; que el capítulo de Cultos dió lugar, como de costumbre, á vivos debates entre los partidarios de la teocracia y los de la sociedad civil; que fueron desechadas varias enmiendas que tendían á restablecer los créditos para las becas de los seminarios de Francia y para los seminarios de Argel, pero que, en cambio, se prefirieron las cifras del gobierno á las cifras de la comisión para los edificios diocesanos y para las catedrales; que fué desechada igualmente una enmienda proponiendo una vez

más la supresión de las subprefecturas; que los capítulos de remonta é inválidos fueron aumentados en el presupuesto de Guerra que se elevaba á 538 millones; que en el de Marina, el trabajo de la Cámara fué singularmente facilitado por el admirable dictamen del señor Lamy, ponente de la comisión, dictamen que contenía el germen de las reformas introducidas por los ministros civiles que han regentado posteriormente la cartera de Marina; que el Sr. Lamy insistió sobre todo en la supresión de dos arsenales, en las construcciones rápidas y en el establecimiento de una contabilidad severa; que la Cámara concedió más de 53 millones y medio á la Instrucción pública, aceptando una enmienda de Jorge Perin que aumentaba en 170.000 francos el crédito de las misiones y exploraciones, á fin de facilitar el estudio del proyecto de mar interior en Africa.

Después de la votación del presupuesto general de gastos por la Cámara, la enmienda por el Senado de varios artículos y la supresión por la Cámara de los créditos restablecidos por el Senado, la ley de Hacienda fijóse en 2.781.035.096 francos de gastos y 2.793.177.804 francos de ingresos. Pero en la práctica los gastos se elevaron á 3.108.758.696 francos y 2 céntimos. Este aumento debióse á la compra de ciertas vías férreas por 285 millones adicionados á los gastos de Guerra y de cerca de 20 millones invertidos en Obras públicas; y aunque para cubrir estos gastos suplementarios se echó mano de recursos extraordinarios, el déficit real fué de 257 millones.

Tres días después de la adopción definitiva de la ley de Hacienda de 1878, el 2 de abril, León Say depositó sobre la mesa de la Cámara los presupuestos correspondientes á 1879, con 3.137 millones de gastos y 3.173 millones de ingresos.

El Sr. Wilson, ponente de la comisión, no presentó hasta el 14 de noviembre su dictamen que hacía una reducción de 10 millones en los gastos y otra de 11 millones en los ingresos. La primera reducción no fué más que aparente, porque las peticiones de créditos suplementarios pasaron de las cifras primitivamente indicadas por el gobierno; pero fué el pretexto que invocó la comisión para aligerar los impuestos sobre el timbre de los efectos comerciales, los aceites y las achicorias, que disminuyeron en unos 20 millones los recursos del Tesoro.

En la discusión de los presupuestos de 1876, la Cámara desechó el aumento de honorarios que el gobierno proponía para los curas párrocos, los pastores protestantes y los rabinos. En la discusión del capítulo de Marina, Lamy volvió á criticar la lentitud de las construcciones, la exageración del número de astilleros y arsenales, el desarrollo insensato de los edificios marítimos, la progresión del personal sedentario y el abuso de los aprovisionamientos generales, que subían en Francia á 250 millones, cuando sólo se elevaban á 85 millones en Inglaterra. En vano trató el almirante Pothuau de contestar á las censuras de Lamy y destruir el efecto de su dictamen.

En el presupuesto de Instrucción pública, la Cámara inscribió los créditos necesarios para la creación de una tercera cátedra de historia en la Sorbona y el aumento de 13.000 á 15.000 francos en el sueldo de los profesores de la Facultad de Medicina de París. En el presupuesto de Bellas Artes, el Sr. Bardoux hizo votar

51.000 francos para la organización de una inspección del dibujo y reinscribir 40.000 francos que la comisión había cercenado de los créditos del grabado.

Hasta el 11 de diciembre no pudo el Senado empezar á discutir los presupuestos de 1879. La Alta Cámara restableció un crédito de 200.000 francos pedido por el gobierno para los curas párrocos y los pastores protestantes y desechó el impuesto sobre los efectos de comercio y los cheques. La Cámara admitió estos últimos votos, desechó el primero, y el Senado se rindió. La ley de Hacienda del 22 de diciembre de 1878 fijó los gastos en 3.166.124.851 francos y en 2.682.080.014 francos los ingresos. La insuficiencia de arbitrios pasaba, pues, de 484 millones.

El papel de los Sres. Dufaure y Marcere quedó indicado en la reseña de las dos primeras legislaturas de 1878, y el de León Say lo explican los presupuestos de 1878 y 1879. Fáltanos mencionar brevemente el papel de sus compañeros de gabinete.

Teisserenc de Bort, ministro de Agricultura y de Comercio, fué absorbido por la preparación y vigilancia general de la Exposición. El general Borel, que no siempre asistía á las reuniones del Consejo, ni á las sesiones de la Cámara, á causa de su insuficiencia oratoria, cuidó de hacer votar las leyes que aumentaban las pensiones de las viudas de oficiales ó que aseguraban socorros á los huérfanos y sobre todo la importantísima ley sobre el reenganche de los sargentos. Concedióse una prima de 600 francos á los sargentos que se reenganchaban por cinco años y, al cabo de este tiempo, una suma de 2.000 francos cuyos intereses se pagaban al reenganchado. En caso de nuevo reenganche, la prima era de 500 francos y el retiro de 365, aumentado en 10 francos por cada campaña ó por cada año más de servicio. Este retiro podía acumularse con el sueldo de un empleo civil. En la discusión, que encontró á todos los partidos de acuerdo para la votación de estas mejoras, algunos diputados insistieron muy atinadamente sobre el lado moral de la cuestión, demostrando que lo esencial, para retener á los sargentos en el servicio, estaba en inculcarles el amor al ejército, á la disciplina y al uniforme.

La gestión de Bardoux fué más bien una gestión de palabra y de proposición que de ejecución. Ministro de Bellas Artes, Bardoux defendió victoriosamente el principio de la subvención del Estado á la Opera, que muchos republicanos combatían por un laudable espíritu de economía, pero con un desconocimiento provincial de la República Ateniense. Bardoux contribuyó á hacer votar el aumento de 4 millones para Instrucción pública, siendo aplicados 600.000 francos á la enseñanza superior, un millón á los liceos y colegios y 2.400.000 francos á la instrucción primaria. Bardoux propuso grandes reformas cuya solución estaba reservada á sus sucesores. Instituyó una Exposición trienal de Bellas Artes; quiso hacer conferir la cruz de Caballero á Zola, la de Comendador á Renán y el gran cordón de la Legión de Honor á Víctor Hugo, pero tropezó con la resistencia de Mac-Mahón.

El más audaz, por no decir el más temerario de los ministros, fué Freycinet. A principios de 1878, creó comisiones técnicas, encargadas de preparar la terminación de la red de ferrocarriles de interés general y de

fijar los límites de la red de interés local. Pocos días después, creáronse otras comisiones técnicas encargadas de trazar el programa de los trabajos necesarios para mejorar los puertos comerciales. Muchos creyeron que aquellas grandes cuestiones, confiadas al estudio de las comisiones técnicas, serían largamente discutidas y, por último, enterradas. Pero, con Freycinet, no mediaba nunca gran trecho del dicho al hecho. De acuerdo con León Say, cuyo concurso era indispensable para la parte financiera del plan, propuso á la Cámara ejecutar en diez años por 3.000 millones de nuevas vías férreas, por 1.000 millones de nuevas vías navegables y procurarse anualmente los millones necesarios para la gigantesca empresa, destinando para ella 25 millones anuales de los 170 que el reembolso de la deuda del Estado al Banco de Francia iba á dejar disponibles y emitiendo obligaciones al 3 por 100 reembolsables á largo plazo. Freycinet propuso además la compra de las líneas interrumpidas del Sudoeste y del Oeste de Francia. La primera parte del plan del ministro de Obras públicas fué adoptada, á pesar de la oposición de los señores Brice, Rotours, Charpín y Rouher en la Cámara, y la de Buffet, Chesnelong, Bocher y Caillaux en el Senado. El 22 de mayo, el *Diario Oficial* publicó los decretos relativos á la organización de los 745 kilómetros de ferrocarriles de interés local y de los 1.861 kilómetros de interés general, cuya compra había sido aprobada por ambas Cámaras.

Por costosa que fuese, la ejecución del plan de Freycinet no hubiese destruido el equilibrio de los presupuestos, si no hubiese coincidido con empresas coloniales muy onerosas, con un aumento incesante y progresivo de los gastos escolares, con un aumento excesivo del funcionarismo y con un sistema de aligeramiento de contribuciones igualmente muy oneroso para la Hacienda. Pero todas estas coincidencias habían de producirse bajo la presidencia de Julio Grevy, cuando todo el mundo se dejó arrastrar por la corriente de una política financiera que bien pudiéramos calificar de política de la mano abierta.

En la dirección de la política exterior, Waddington tuvo que seguir la misma línea de conducta que Decazes; pero le guió un espíritu más desligado de preocupaciones religiosas y su sola presencia en el muelle de Orsay tranquilizó á Alemania y á Italia, á las cuales inquietaba la eventualidad del triunfo de la derecha ultramontana. Pero á la inteligencia política entre Francia é Italia siguió una ruptura comercial, cuya responsabilidad remontaba al gobierno de 16 de mayo. El tratado de comercio franco-italiano expiraba el 1.º de julio de 1878. Broglie y Decazes, sintiéndose sospechosos para el Quirinal, renovaron el tratado el 6 de julio de 1877, aceptando las condiciones más onerosas para Francia. Sometido á la Cámara el 7 de junio de 1878, ésta le negó su sanción por una gran mayoría, y el 1.º de julio del mismo año empezó la guerra arancelaria entre ambas potencias.

## IX

La substitución del duque Decazes por Waddington, cuyas simpatías por Inglaterra eran conocidas, tuvo inmediatamente su influencia en los asuntos de Oriente. El 1.º de abril de 1878, el conde Beaconsfield hizo

declarar por un nuevo ministro de Negocios extranjeros, lord Salisbury, que el tratado de San Stéfano, haciendo dominar á Rusia en el mar Negro y no dejando á Turquía más que una independencia ilusoria, comprometía los intereses de Inglaterra. Después de la guerra con Turquía, la Rusia, amenazada de una nueva guerra con la Gran Bretaña, se volvió hacia Alemania que, recordando la herida de amor propio recibida en 1875, le negó su concurso; y el príncipe Gortchakof se vió obligado á preguntar á Inglaterra qué modificaciones juzgaba convenientes aportar al tratado de San Stéfano. Tal fué el origen del congreso de Berlín: éste emanó de un arreglo del 30 de mayo, entre Rusia é Inglaterra, que reducía en más de la mitad las ventajas obtenidas por la primera de estas dos potencias. La reducción hubiera sido aún más considerable si Waddington no se hubiese opuesto, de antemano, á que en el Congreso se tratase de Egipto y la Siria. No habiendo podido entenderse con Austria-Hungría, para ejercer con ella el protectorado del Imperio turco, Inglaterra se había vuelto directamente hacia *el hombre enfermo* (el sultán de Turquía), y el 4 de junio había concluido con él un tratado secreto, por medio del cual se aseguraba la isla de Chipre, que domina el litoral de la Siria y de Egipto. Dueña de esta posición excelente, Inglaterra, á espaldas del *hombre enfermo*, había asegurado á Austria-Hungría, de acuerdo con Alemania, la posesión de la Bosnia y de la Herzegovina.

Aquellos tratados secretos y aquellas intrigas, que habían precedido al Congreso, facilitaban su misión, puesto que todo estaba arreglado de antemano, y los plenipotenciarios, reunidos el 13 de junio en Berlín, no tuvieron más que confirmar los arreglos hechos entre los Sres. Beaconsfield, Gortchakoff, Bismarck y Andrassy. Francia hubiera representado en él un papel insignificante, si Waddington no hubiese sostenido, en la sesión del 5 de julio, las pretensiones de los señores Delyannis y Rangabé, aunque sin obtener todo lo que pedían los diplomáticos griegos. El 13 de julio, cinco días después del golpe teatral de la divulgación del convenio anglo-turco, el congreso de Berlín dió por terminadas sus sesiones. El príncipe Gortchakoff, desengañado y humillado, había pedido en vano á la asamblea que manifestase cómo contaba asegurar la ejecución de sus altas decisiones. Bismarck se había vengado del fracaso sufrido en 1875; pero, al ahondar el foso que separaba á Alemania de Rusia, había facilitado tal vez la inteligencia ulterior de Rusia con Francia, entonces muy afecta á Inglaterra.

Al pie del tratado de Berlín figuraban, en representación de Francia, las firmas de los Sres. Waddington, Saint-Vallier y Deprez. Interrogado en el Senado, durante la discusión de los presupuestos de 1879, por el Sr. Gontaut-Biron, sobre el estado de las relaciones de la República francesa con las demás potencias, Waddington reconoció que había en el tratado de Berlín disposiciones poco agradables para Francia; pero el restablecimiento de la paz y su mantenimiento probable justificaba, á sus ojos, que Francia «hubiese ido á Berlín libre de compromisos, que hubiese vuelto de allí libre de compromisos y que quedase libre de compromisos.»

La categórica afirmación de Waddington, ¿era conforme á la realidad de las cosas? En boca de un diplo-